18
¡Hablemos Bajo!

Publicado en Bogotá, domingo 10 de octubre de 1847.

Los escritores de costumbres, que siempre se han fijado en aquellos signos exteriores que dan una mala idea de las personas, como el desaseo, la afeminación, el lenguaje vulgar, la mala letra y otros, no han dicho nada acerca de una costumbre muy común y no menos desagradable, cual es la de hablar a gritos. Esta perversa costumbre, hábito o manía, es

EDICIONES DOSIS MÍNIMA
dosisminima.org

misma razón es más común este resabio en los hombres que en las mujeres, si bien no deja de haber entre ellas un 25 por ciento de lindas *guacharacas* alborotadorcitas. En los lugares de la Costa es muy común este hábito, que tan mal sienta en el sexo delicado, el cual por su naturaleza es tímido, apacible y mesurado. No sé cómo hay quien se prenda de una hermosura gritona; ni cómo es posible que las señoritas costeñas crean que pueden agradar a los hombres requintando el dulce metal de su voz hasta producir un sonido plañidero y penetrante. Yo de mí sé decir que no me

rendiría jamás a la hermosa que en vez de escribir un billete o enviar un recado a dos cuadras de distancia, se sube a la azotea de su casa y comunica verbalmente a su amiga el secreto a voces; en vez de unirme con ella, compraría una cotorra que me divirtiese en los ratos desocupados.

En todos los países cultos es un signo de buena educación hablar en un tono moderado, es decir, ni tan alto que aturda y moleste, ni tan piano que parezca la voz de un agonizante y se vea uno forzado a hacer repetidas preguntas para enterarse de lo que otro ha querido decir. En

discupable. Mas, alzar la voz, gritar, desgañitarse y aturdir a todo el mundo cuando se habla con persona que tiene sus oídos buenos, y que tal vez se halla en el caso de los éticos, que dicen que oyen tanto, esto no tiene perdón, ni puede haber indulgencia para una grosería de esta naturaleza. Que al que es escaso de vista se le acerquen los objetos, ¡santo y bueno!; pero que al que ve y distingue perfectamente se le metan las cosas por los ojos hasta hurgarle las pestañas, es cosa que no puede tolerarse en ninguna buena sociedad.

El que habla en voz alta molesta, no sólo a su interlocutor,

obligados a bajarla, según las circunstancias y situaciones, condición del personaje, afecciones y sentimientos, etc., etc. No hay cosa que haga reír más en el teatro, por lo ridículo, que el ver a un príncipe, u otro personaje de alto coturno, hablando a gritos y dando órdenes en el tono en que pudiera mandar un cuerpo de tropas, o como pudiera hacerlo un director de fábrica.

Sería conveniente que los directores de establecimientos privados de educación dispusiesen allá en sus reglamentos interiores, que sus alumnos, fuera del estudio que deben

esta injusticia, y de un insulto tan inmerecido.

Es verdad que el hablar alto, lo mismo que el cantar, es un buen ejercicio gimnástico, que fortalece los pulmones; pero este ejercicio tiene su cómo y su cuándo, su tiempo y su lugar, y no es muy divertido ponerse a ejercitar los pulmones en un salón, en una visita, en una tertulia…

El tono estentóreo de voz es privilegio exclusivo de los arrieros, cocheros, campesinos, pregoneros y cómicos; y aun para estos últimos también tiene término y linde este privilegio, pues no siempre les es permitido alzar la voz, y antes bien se ven

sino a todos los que se hallan por allí cerca, y molesta sin necesidad sus propios pulmones. ¿A qué fin gritar cuando la persona con quien hablamos se halla a un pie de distancia de nosotros, o a dos, o a tres, o a diez? ¿Se conseguirá convencer o disuadir por medio de voces desaforadas? Trabajo le mando al que tenga que sostener una discusión de media hora con un grito; muy valiente ha de ser para que a la mitad de la jornada no tenga la cabeza como un bombo y sienta que le desfallecen las fuerzas. Pero los inconvenientes de esta incivilidad suben de punto si el interlocutor es femenino. En la

indisculpable, por cuanto nada es más fácil que corregirse de ella, y porque este defecto no está, ni puede estar jamás en la naturaleza, ni hay causa bastante poderosa para determinarlo. Tal vez ocasionalmente nos vemos todos en la necesidad de hablar alto, por ejemplo, cuando tenemos que habérnoslas con un sordo; pero aun así, es preciso que este sordo sea lo que llamamos una *petaca* y que haya perdido enteramente el órgano de la audición, para que tengamos que hacer un grande esfuerzo, a fin de hacernos entender. Fácil es observar que cualquier sordo, que no sea el

Y en verdad que un sabio legista, un hombre muy versado en los negocios del foro, y que al mismo tiempo se haga insoportable en la sociedad por sus modales, es una cosa curiosa de ver, aunque no muy rara.

Concluyamos: las gentes del campo tienen razón para hablar recio, porque es necesario hacerlo así para dirigir la voz a largas distancias; mas en las calles de la ciudad, en la casa a donde vamos de visita y, en fin, en las concurrencias en donde no tenemos que hacer de oradores, o no queremos pasar por pregoneros, *hablemos paso.*

esto sobresalen los ingleses de buena educación, haciéndose notables por el contrario los franceses y españoles, que por lo general hablan con voz estentórea, grandes risotadas y ademanes exagerados. Esto no quita, sin embargo, que haya algunos bretones que descuellan entre todos los gritones presentes y futuros.

El que habla con tono mesurado da más dignidad y fuerza a lo que dice, como no raye en una gravedad ridícula. El que habla bajo denota que tiene calma y reflexión y que sabe lo que dice, y está más en aptitud de defenderse en caso de ser

de líquido, y este venga a esparcirse cual maléfico rocío por la cara del oyente. Nada es más común sino que el que habla recio escupa al que tiene la paciencia de oírlo; sin duda por aquello de que casi siempre que truena, llueve.

Esta pésima costumbre se contrae por lo regular en la escuela, y sabido es que los hábitos que se adquieren en la infancia, sobre todo si provienen del mal ejemplo, son muy difíciles de desarraigar. Así es que todos los muchachos, con pocas excepciones, hablan a gritos, lo mismo cuando están con su familia o en sociedad. Por esta

Gobierno, o bien entiende por señas, o bien alcanza a percibir algo de lo que se le dice, como el que le hable se le acerque bastante al oído. Esto, sin recurrir al medio de las trompetas acústicas que tanto han facilitado la audición. Por supuesto que exceptuamos siempre de esta observación a los sordos que no quieren oír, que dicen que son los peores.

Pero concedamos que en el triste y raro caso de tener que hablar con un sordo, sea necesaria emplear el *sforzando scherzando* o *crescendo* que dicen los filarmónicos; nada más

hacer en alta voz para que se les fije en la memoria lo que han de aprender, y de las conferencias en las aulas, hablasen siempre en un tono moderado y conveniente, como lo exige la buena educación, la finura y el trato de gentes, sobre todo en la mesa. No parece necesario hacer esta misma indicación a las Universidades porque no siendo ellas, por lo general, las que más se curan de lo que se llama *cultura* de los estudiantes, o importándoles muy poco que ellos sean bien o malcriados, con tal de que la máquina de *dotores* ande corriente, sería perdida cualquier observación sobre el particular.

buena sociedad es un delito de leso-sexo hablar en alta voz, como se habla en los colegios y cuarteles, cárceles y presidios; y en vano se esforzará el hombre de mejor catadura, el joven más apuesto, bello y elegante, el caballero más cumplido y galante, y la persona de mejores prendas en parecer fino y amable, si tiene el hábito detestable de hablar en alta voz, sin necesidad.

Este mal hábito trae consigo muchos inconvenientes, no siendo el menor de ellos el peligro en que están las glándulas salivales de que con el fuerte ejercicio que hacen las mandíbulas y la lengua, secreten una gran cantidad

atacado; mientras que el que levanta la voz no hace sino cubrir con el ruido y estruendo de las palabras la carencia de razonamientos.

Esta mala crianza es más común entre nosotros cuando hablamos con los extranjeros, llevados de la falsa idea de que porque no entienden nuestro idioma no oyen lo que decimos; sin duda, porque estamos acostumbrados a ver que las personas que tienen dificultad para hablar, sobre todo los mudos, casi siempre son sordos. Así es que los ponemos en la escala de los sordomudos, y ellos no pueden menos de sorprenderse de